



LA LEYENDA DE



AMAITE Y KAKNAB



Cuentan nuestros ancestros que en tiempos remotos, los dioses del Mayab tomaron el aroma de las flores, el sonido de las aves, un rayo de sol y crearon a la doncella más hermosa, era tal su belleza que ningún hombre podía verla porque su rostro los cegaba. La llamaron Amaité, que significa "rostro del cielo".

El amor que había en Amaité hacia todo lo creado era muy grande, sin embargo un gran dolor se guardaba en su interior porque no había quién la amara, ya que solo los dioses podían verla. Por ello, durante las noches Amaité se paseaba entre la selva, ríos y manglares, escondiendo su rostro para disfrutar de todo lo bello que los dioses habían creado.

Una noche, un joven llamado Kaknab se perdió en el camino. Desorientado en la oscuridad de la selva, comenzó a cantar aquella antigua melodía que los abuelos enseñaron para guiarnos en la penumbra y regresar a casa. Kaknab había sido bendecido por los dioses con una gota de miel en su garganta, por lo que su canto era dulce.

Mientras Amaité daba su paseo, escuchó la canción, la extraña melodía era como un sueño y destapó su rostro para ver de dónde venía; grande fue la sorpresa de Kaknab cuando un destello iluminó desde lo más alto de la ceiba hasta lo profundo de los cenotes, y se ocultó entre los árboles.

A la mañana siguiente, Kaknab despertó y no podía olvidar aquello tan hermoso que había visto, entonces comenzó a cantar lleno de amor a esa luz que había visto. Al escucharlo, el Dios del viento tomó entre sus manos la melodía y la llevó hasta los oídos de Amaité, quien la atesoró y un extraño punto brillante se quedó impregnado en el cielo.

Durante las siguientes noches Kaknab depositaba en las manos del dios del viento su canción y un nuevo punto brillaba en el cielo. Agradecida por tan lindos regalos, Amaité pidió al dios de las aguas llevar hasta el cantor un beso. Estando a la orilla del mar, Kaknab pudo ver un punto brillante en el agua y al tomarlo en sus manos un sentimiento inexplicable llenó su corazón.

Los dioses vieron que el amor de Kaknab y Amaité era sincero, así que les dieron su beneficio. Fue entonces cuando Kaknab se entregó a los brazos del dios de las aguas quien lo tomó de la mano y lo hizo cruzar rumbo al horizonte, y una estela blanca y resplandeciente fue quedando a su paso hasta perderse donde se unen el cielo y el mar, para encontrarse ahí con su amada Amaité. Desde ese día, cuando Amaité muestra su rostro en el cielo, el camino que recorrió Kaknab puede verse en el mar.

Bienvenido (a) a Mvngata, que quiere decir "El camino de luz que la luna refleja en el agua".

